

Capítulo I: Introducción

Tema 1: Cristo y la espiritualidad de Schoenstatt

I. Introducción al tema:

- Lectura bíblica: Romanos 8, 28-29 y 1 Corintios 11, 1.
- Pensamiento del P. Kentenich: “Nuestra vida será un espejo (o reflejo) del ser y del caminar de Cristo aquí en la tierra” (Hacia el Padre, estrofa 338).

II. Preparación y estudio del tema (para hacerlo en la casa)

1. Como dice san Pablo, todos fuimos creados y escogidos por Dios para reproducir o reflejar en nosotros la imagen de Cristo, es decir, su manera de ser y de vivir. Ésa es la tarea de cada cristiano: porque él es nuestro modelo y meta común. Sin embargo, cada uno de nosotros imita a Cristo de un modo distinto, de acuerdo a nuestra propia personalidad y vocación. Esto es lo que en Schoenstatt llamamos Ideal personal, nuestra manera original de reflejar las perfecciones de Cristo y de participar en su misión. Así también, cada grupo descubre su propio estilo para reproducir la imagen del Señor en su vida, acentuando determinados rasgos que lo atraen más (Ideal de grupo).

2. Lo mismo hace Schoenstatt: al igual que otros movimientos o comunidades religiosas de la Iglesia, trata de reflejar a Cristo de un modo propio, de acuerdo a la vocación o “carisma” recibidos de Dios. Esto es lo que llamamos una “espiritualidad”: la forma concreta en que un conjunto grande de cristianos trata de imitar a Cristo. Así se habla, por ejemplo, de la espiritualidad benedictina, franciscana o jesuita. Y, también, de la espiritualidad schoenstattiana. Son distintos modos de imitar al único Cristo. Así como las flores reflejan distintos colores, provenientes de la luz de un único sol. Pues bien, el Sol de Cristo es tan infinitamente luminoso que ninguna persona ni grupo humano podrá jamás reflejar todos sus rayos.

3. Sin embargo, no es ésta la única razón que explica las diferencias de las diversas espiritualidades. Aquí interviene también la divina Providencia. En cada época de la historia, la Iglesia enfrenta problemas muy diferentes: problemas de los hombres y del mundo, que ella debe iluminar con la luz de Cristo y su Evangelio. Pero como estos problemas varían de una época a otra, también son distintos “los rayos” de esa luz que la Iglesia necesita hacer brillar con mayor fuerza en cada tiempo. Por eso, la divina Providencia cuida de hacer surgir en cada momento histórico, sobre todo en los de grandes crisis y cambios, la espiritualidad capaz de destacar precisamente aquellos rayos del Sol de Cristo que mejor podrán iluminar las necesidades de esa época. Es nuestro convencimiento que la espiritualidad de Schoenstatt significa una respuesta providencial de Dios a los desafíos que la Iglesia y el mundo enfrentan hoy.

4. Como en toda espiritualidad cristiana, la preocupación fundamental de la nuestra es también “imitar a Cristo”. Pero de un modo “mariano”. En esto consiste nuestra espiritualidad. Hemos escuchado a san Pablo decir: “Sean imitadores míos, como yo lo soy de Cristo”. Pues bien, a través del P. Kentenich, Dios nos ha dicho a nosotros: “Sean imitadores de María como ella lo fue de Cristo”. Es decir, no al modo de san Pablo, de san Francisco u otro santo, sino “al modo de María”. Porque nadie lo ha reflejado como ella, la Mujer “vestida del Sol de Cristo” (Ap. 12,1). Y porque ella, además, nos conduce a descubrir en el rostro de Cristo justamente aquellos rasgos que el mundo actual necesita conocer y ver reproducidos en nosotros. Por lo tanto, es cierto que los schoenstattianos damos una gran importancia a la Virgen; pero como camino hacia una más plena y actual imitación de Cristo, nuestra única meta.

III. Desarrollo de la reunión

Se dan las informaciones del caso, se revisan los propósitos y luego se responde a las siguientes preguntas:

1. Desde que estoy en Schoenstatt, ¿ha crecido en mí la inquietud por imitar a Cristo? ¿En qué

me ha resultado y en qué me ha sido más difícil?

2. ¿He descubierto ya mi ideal personal, mi forma original de reflejar a Cristo? (El ideal personal es privado; sólo se responde sí o no).

3. ¿Qué relación veo a nuestro nombre o ideal de grupo con Cristo? ¿Cuáles son los rasgos de Cristo que mi nombre o ideal de grupo me piden vivir con mayor intensidad?

4. ¿Qué es una espiritualidad? Mencione algunas que conozca y explique por qué existen diversas espiritualidades en la Iglesia.

5. ¿En qué consiste lo más original de nuestra espiritualidad schoenstattiana? Explique por qué buscamos imitar a Cristo de esa manera.

6. Tarea: Para adentrarnos en nuestra espiritualidad propia y descubrir el lugar que Cristo ocupa en ella, comenzaremos a estudiar el Hacia el Padre. Vamos a empezar con la Misa del Instrumento. La dividiremos en tres partes, de acuerdo al número pequeño que lleva cada estrofa, al final de la primera línea. Desde la estrofa 19 a la 81, de la 82 a la 115, y de la 116 hasta el final. Cada persona (o matrimonio) estudiará alguna de estas partes y, al comienzo de la próxima reunión, responderá a las siguientes preguntas:

- ¿Cuántas veces menciona el P. Kentenich a Cristo en la parte que a cada uno le tocó? Guiarse por las siguientes palabras con que lo llama: Cristo, Hijo, Señor, (aunque a veces llama así al Padre celestial), Cordero, Cabeza, Redentor, Palabra eterna, eterna Verdad, Verbo, Pastor, Juez, Ofrenda, él, Aquel, tú (en las oraciones antes y después de la comunión que están dirigidas a Cristo).

- ¿Cuántas veces menciona a María? Guiarse por las palabras: María, Madre, Compañera, Esposa, Esclava del Señor, Reina, Soberana, Gran Señal, ella).

- ¿Qué fue lo que más le impresionó en las oraciones que estudió?

Capítulo I: Introducción

Tema 2: Los caminos hacia nuestra imagen de Cristo

I. Introducción al tema

- Lecturas bíblicas: Mateo 28,9, 16-20 y 18, 19-20; Juan 14, 5-10.
- Pensamiento del P. Kentenich: “El Hacia el Padre es la Carta Magna de nuestra espiritualidad”.

II: Preparación y estudio del tema (para hacerlo en casa)

1. Para encontrar vitalmente a Cristo y descubrir esa imagen suya que él nos llama a reflejar y encarnar como schoenstattianos, disponemos de muchos caminos. En primer lugar, de los grandes caminos, comunes y obligatorios para todos los cristianos, que el mismo Señor nos dejara como herencia. El más amplio de ellos, porque contiene dentro de sí a todos los demás, es la Iglesia: la comunidad que él fundó y a la que él prometió su presencia “hasta el fin de los tiempos” (Mt 28, 20). Cristo vive hoy en su Iglesia. Y para conocerlo y encontrarlo tenemos que buscarlo en ella, participando activamente en su vida comunitaria.

2. Dentro de la Iglesia, muchos otros caminos nos conducen a él. En primer lugar, los evangelios que nos narran su vida histórica, con todo lo que él hizo y dijo aquí en la tierra. En la Iglesia encontramos también a María, pero sobre ella como camino hacia Cristo, reflexionaremos después. Un tercer camino son los sacramentos y la oración comunitaria (Mt 18, 19-20), sobre todo la Eucaristía, donde él se nos regala con su Cuerpo y con su Sangre.

Otro camino son los Pastores de la Iglesia, a través de los cuales él nos guía y aconseja. Finalmente, la Iglesia nos recuerda que él nos sale también al encuentro desde el corazón y las necesidades de los hombres, sobre todo de los pobres.

3. Junto a esos caminos comunes a todo cristiano, él mismo Señor nos ha regalado otros caminos particulares a través de Schoenstatt, que nos conducen a descubrir esos rasgos suyos más específicos que él desea que nosotros vivamos con especial fuerza para anunciarlos al mundo de hoy. También aquí hay un camino más amplio, que es nuevamente María, como nuestra Madre y Reina tres veces Admirable. A través de la Alianza de Amor, ella nos ha regalado, con enorme cariño, tres caminos más concretos, para conducirnos muy hondo hacia el corazón de su Hijo.

4. El primero es una persona: nuestro padre fundador. Con sus propias manos, ella lo forjó como esa encarnación original de Cristo que también quiere reproducir en todos nosotros, sus hijos. Desgraciadamente, muchas veces, al mirar a nuestro padre, lo vemos como un reflejo directo del Padre Dios, “saltándonos” a Cristo, pues olvidamos que nadie puede mostrarnos al Padre Dios si primero no se identifica con su Hijo, que es su reflejo vivo hecho hombre (Juan 14, 9; Efesios 1,15). Por esta identificación luchó siempre el P. Kentenich. Y nuestra Familia, a partir del tiempo de Dachau, aprendió a verlo así: como imagen de Cristo, Buen Pastor, y, por eso, reflejo también del Padre Dios.

5. Nuestro segundo camino es un libro: el Hacia el Padre, nuestro manual oficial de oraciones. Es como nuestro “evangelio en pequeño”, pues resume todo el legado del padre fundador, toda la espiritualidad de Schoenstatt, sobre todo nuestra imagen original de Cristo, tal como él la vivió y proclamó. De allí la necesidad de conocerlo a fondo y de rezarlo.

6. El tercer camino es un símbolo: la Cruz de la Unidad, expresión plástica muy hermosa y completa del Cristo que queremos vivir e imitar.

III. Desarrollo de la reunión

- Dar las informaciones - Revisar la tarea.
- Responder las siguientes preguntas:

1. ¿Qué caminos generales me ofrece la Iglesia para buscar a Cristo? Nombrarlos y contar cómo

los aprovecho yo, cuáles me cuestan y por qué.

2. ¿Rezo habitualmente en el Hacia el Padre? ¿Qué oración suya prefirió y cuál me ha revelado las cosas más hermosas acerca de Cristo?

3. ¿Sé descubrir a Cristo reflejado en nuestro padre fundador? ¿En qué rasgos del padre fundador veo a Cristo?

4. ¿Qué me dice la Cruz de la Unidad acerca de nuestra imagen de Cristo?

5. Tarea: Repartirse en el grupo el estudio del Rosario del Hacia el Padre: estrofas 341-355.

Cada persona (o matrimonio elige cinco misterios, leyendo también los textos del evangelio relacionados con cada estrofa (verlos en páginas 225-226). En la próxima reunión cuentan lo más interesante que descubrieron sobre Cristo, como el P. Kentenich lo veía.

Capítulo II: María, camino hacia Cristo

Tema 3: María, nuestro camino hacia Cristo, enfoque teológico

I. Introducción al tema:

- Lecturas bíblicas: Lucas 2, 15-19 y Juan 19, 25-27.
- Pensamiento del P. Kentenich: “¡Que jamás nadie separe lo uno de lo otro (a Cristo de María), pues en su plan de amor el Padre los concibió como una unidad!” (Hacia el Padre, estrofa 332).

II. Preparación y estudio del tema (para hacerlo en casa):

1. María es un camino que tanto la Iglesia como Schoenstatt nos proponen para llegar a Aquel que es la meta de nuestra vida: Cristo. A partir de esta idea queremos descubrir lo que significa nuestro “modo mariano” de conocer, amar e imitar al Señor. Las relaciones entre María, como camino, y Cristo, como meta, las analizaremos primero a partir de un enfoque teológico, es decir, desde el punto de vista de Dios, viendo cómo él querido establecerlas en su plan divino de salvación. Esta voluntad de fidelidad y respeto al plan de Dios es el fundamento último de toda la importancia que la Iglesia y Schoenstatt conceden a María. No se trata de una cuestión subjetiva de gustos o sentimientos. María es importante porque Dios mismo quiso darle un lugar clave en su plan de salvación. Y es deber de todo cristiano inclinarse ante los deseos divinos.

2. Contemplando el plan de Dios, hay algo que resulta evidente: que él quiso a Cristo y a María íntima e indisolublemente unidos. Siempre, desde la Anunciación y Belén hasta el Calvario. E incluso más allá: pues María comparte también, por toda la eternidad, el trono de Cristo resucitado. Esto es lo que nos enseña la Biblia, el Concilio Vaticano II, Puebla (292.293) y nuestro padre fundador (ver pensamiento). Es también el mensaje de nuestra Cruz de la Unidad:

Cristo nunca está solo, sin María a su lado. Es cierto que Cristo, en cuanto Dios, es infinitamente más importante que ella. Es cierto, también, que él es nuestra meta. Pero no entendido como un Cristo solitario, porque, al igual que en nuestra cruz, el Cristo que nos espera en el cielo, ¡también es un Cristo con María a su lado! Por eso, si bien es verdad que María no es nuestra meta, hay que afirmar que ella está en la meta, siempre junto a Cristo.

3. Esto nos muestra que la idea de “camino” no logra expresar adecuadamente todo el misterio de la relación de María con Cristo: es una comparación que, bajo ciertos aspectos, le queda corta. Pues la imagen del camino sugiere que éste queda atrás, cuando se ha llegado a la meta. Y esto no es cierto respecto de la Virgen y el Señor. También falla la comparación en la medida en que supone que el camino está antes de la meta, pues hemos visto que, en el plan de Dios, Jesús y su Madre aparecen indisolublemente unidos. Esto significa que si yo me uno a María, aunque no tome conciencia de ello, en ese mismo momento me estoy uniendo a Cristo (esta forma de vinculación no-consciente, pero real, se llama vinculación funcional). Del mismo modo, si me uno a Cristo, aunque no lo piense, también me estoy uniendo a María, ya que ella es parte inseparable de su vida, de su historia y de su misión. En el pensamiento podemos separarlos, pensando en uno y no en el otro, pero en la realidad, no. Así como puedo distinguir una persona de su mano, pero no puedo tocar la mano sin que, al mismo tiempo, esté tocando a la persona.

4. Donde la imagen del camino se muestra verdadera es en lo que se refiere a la tarea pedagógica de María con respecto a nosotros: conducirnos a Cristo, ayudándonos a crecer hacia él. Dicha tarea tiene su fundamento teológico en el mismo plan divino: es parte de él. Pues no sólo dispuso que María fuese la Compañera y Colaboradora permanente de Jesús, cumpliendo la función de ser Madre suya, sino que la quiso también como Madre de la Iglesia. Es decir, ella debía no sólo dar a luz a Cristo en Belén sino, también, ayudarlo a nacer en nuestros corazones. María se hace nuestra Madre en el bautismo. Y, a partir de allí, tiene la misión de cuidar y ayudar a crecer la vida de Cristo en nosotros, conduciéndonos a una identificación vital siempre mayor con él. Por eso, Puebla la llama Madre educadora de la fe (ver DP 288-290), y la Iglesia la proclama como “camino hacia

Jesús”. Todo esto son verdades teológicas que cada cristiano, por respeto y fidelidad al plan de Dios, está obligado a aceptar.

III. Desarrollo de la reunión:

- Dar las informaciones - La tarea se responde en la pregunta 4.

- Responder las siguientes preguntas:

1. ¿Qué significa enfocar teológicamente las relaciones de Cristo con María? ¿Es mirarla desde qué punto de vista?

2. ¿Por qué es importante María? ¿Será sólo porque a nosotros y a otros grupos de devotos suyos se nos ha ocurrido darle importancia?

3. ¿Cuál es la verdad más evidente que nos revela el plan de Dios (y también nuestra Cruz de la Unidad) respecto a la relación entre Cristo y María?

4. Contar cada uno qué cosas le llamaron más la atención acerca de esa íntima y permanente unión entre Cristo y María al estudiar el Rosario del Hacia el Padre.

5. ¿Bajo qué aspectos falla la imagen de camino hacia Cristo aplicada a María?

6. ¿Hemos entendido lo que significa una vinculación funcional con Cristo? ¿Hemos comprobado que realmente, al unirnos a María, nos hemos ido uniendo a Cristo casi sin darnos cuenta? Contar experiencias.

7. ¿En qué consiste la tarea pedagógica que Dios, en su plan de salvación, ha querido confiar a María?

8. Tarea: repartirse el estudio de las 5 primeras estaciones del Via Crucis del Instrumento (Hacia el Padre, estrofas 240-274), para ver cómo el P. Kentenich muestra allí la íntima unión de Cristo con María.

Capítulo II: María, camino hacia Cristo

Tema 4: María, nuestro camino hacia Cristo, enfoque pedagógico

I. Introducción al tema:

- Lecturas bíblicas: Lucas 1, 26-28 y Apocalipsis 12,1.
- Pensamiento del P. Kentenich: “Nosotros llegamos por la vinculación a María, a la actitud de María (de amor e identificación vital con Cristo)”.

II. Preparación del tema (para hacerla en casa):

1. En el plan divino, aparecen dos cosas muy claras: que Dios ha querido a María íntima e indisolublemente unida a Cristo, llena de su gracia y de su luz (ver lecturas); y, además, que le ha confiado una especial tarea pedagógica frente a nosotros (la de ayudarnos a crecer hacia Cristo). Ambos aspectos se relacionan profundamente: pues toda la capacidad pedagógica de María para conducirnos vitalmente hacia su Hijo, se funda en la incomparable cercanía e intimidad que ella vivió con él. Nadie conoció ni amó más intensa y plenamente a Cristo que ella. Por eso Dios no encontró a nadie mejor que ella para ayudarnos a conocerlo, amarlo e imitarlo.

2. Todo el secreto y la genialidad del P. Kentenich y de la espiritualidad de Schoenstatt, consiste en haber sabido tomar en serio esta posición y misión especialísimas que María ha recibido en el plan de Dios, sacando todas las consecuencias prácticas que de dichas verdades se derivan para nuestra vida. Éstas se resumen en dos actitudes básicas que constituyen el núcleo más íntimo de nuestra espiritualidad: 1) Pedir a María, incluso haciéndole suave violencia, que cumpla con este deber maternal que Dios mismo le ha impuesto, de transmitir a sus hijos las riquezas que ella recibió. 2) Poner nosotros, sin reservas, nuestras vidas en las manos de esta Educadora que el propio Dios nos ha asignado. A partir de esto, surgió nuestra Alianza con María, y el P. Kentenich desarrolló todo un método o un sistema mariano, (una pedagogía) de educación de la fe, capaz de conducir a una identificación plena y vital con Cristo, como lo exigen los desafíos de nuestro tiempo.

3. A quien se abre a su labor educadora, María transmite dos experiencias suyas fundamentales: su conocimiento total de Cristo y la calidez y profundidad de su amor personal a él. Estas dos experiencias vitales de María se expresan muy hermosamente en nuestra Cruz de la Unidad. Allí ella aparece mirando a Cristo a los ojos, con una mirada que logró penetrar la hondura del alma y del misterio de Jesús como ninguna otra: pues el quiso revelarle todo lo que es posible saber acerca suyo. De hecho, los secretos más íntimos que la Iglesia conoce sobre Cristo, su encarnación por obra del Espíritu Santo y su condición de Hijo del Padre Dios, son cosas que María contó y explicó a los evangelistas. Por otra parte, el cáliz que ella sostiene en sus manos es un símbolo de su corazón, siempre cercano y abierto al de Cristo, para captar y recibir cada latido de su amor y fundirse con él. Hoy vivimos en una época que se caracteriza justamente por su incapacidad para las visiones de conjunto y para el amor personal. De allí la urgencia de una pedagogía de la fe capaz de transmitir al hombre actual esta doble experiencia de María.

4. Ése es justamente el objetivo de la pedagogía mariana de Schoenstatt. El P. Kentenich lo resume en el siguiente principio: “Por la vinculación a María, hacia la actitud de María”. Es decir, nos unimos y vinculamos a María para que ella nos transmita así su propio modo mariano de conocer, amar e imitar a Jesús.

Tras este principio se esconde una sabiduría semejante a la del agricultor. Para un agricultor, es evidente que el árbol de más valioso e importante que la tierra. Pero sabe también que el árbol es inseparable de la tierra y que sólo crecer a partir de ella. Así, para que Cristo crezca en nosotros como un árbol frondoso, el P. Kentenich nos llama a hundir en el corazón de María la semilla de vida cristiana recibida en el Bautismo, y a cuidar que sus raíces permanezcan siempre atadas a esta tierra santa, de la cual Cristo germinó y a la que ha dejado impregnada y llena de su savia, pues el

plan de Dios es que, desde ella, él germine siempre de nuevo para todos sus demás hijos.

5. Así como hay etapas, sobre todo mientras la semilla germina, en que el agricultor, por amor al árbol que desea, dedica sin embargo su principal atención a la tierra, abonándola, picándola, desmalezándola, así nuestra pedagogía mariana no teme tampoco, cuando el desarrollo de una persona o comunidad así lo aconseja, poner el acento de nuestro esfuerzo consciente en el cultivo de la vinculación a María, como punto de partida de todo el proceso pedagógico. Porque esto lo hacemos en función de crecer hacia una vinculación tan honda con Cristo como la que María tuvo. Además, como lo vimos en el tema anterior, sabemos que quien se une a María ya se está uniendo, de modo inconsciente o funcional, a Cristo. Porque ambos son inseparables, como una persona de su mano o como el árbol de la tierra en que hunde sus raíces. Sin embargo, la meta final de nuestra pedagogía es conducirnos a hacer nuestra la propia actitud de María frente a Cristo, esa misma unión íntima y consciente que nos muestra la Cruz de la Unidad, ese estar cara a cara y corazón a corazón junto al Señor. A ese grado de intimidad con Cristo condujo ella a nuestro padre fundador. Mientras nuestra vinculación a María no haya producido ese mismo fruto en nosotros, estaremos todavía a mitad de camino en nuestro crecimiento.

6. En los temas siguientes, veremos cómo esta pedagogía mariana, fundada en el plan de Dios, nos conduce a un encuentro con Cristo de extraordinaria riqueza. Cada vez iremos viendo, al mismo tiempo, las verdades teológicas que María nos va mostrando acerca de Cristo y la forma pedagógica en que ella cuida que todo eso no se quede en ideas sino que se convierta en un auténtico crecimiento vital hacia el Señor.

III. Desarrollo de la reunión:

- Dar las informaciones - Revisar la tarea.

- Responder las siguientes preguntas:

1. ¿Por qué María puede enseñarnos como nadie a conocer y amar a Cristo?

2. ¿Cuál es el secreto o genialidad de nuestra espiritualidad? ¿Cómo he logrado vivir yo sus dos actitudes básicas? Contar experiencias.

3. ¿De qué modo expresa la Cruz de la Unidad las dos experiencias fundamentales de María frente a Cristo? ¿Por qué necesita el hombre de hoy que ella le transmita esa doble experiencia? ¿Siento yo esa necesidad?

4. Comentar el principio en que el P. Kentenich resume su pedagogía mariana: hacerlo a la luz del ejemplo del agricultor y de su propia experiencia.

5. ¿He vivido etapas en que mi esfuerzo consciente ha estado más centrado en la unión con la Mater, y otras, en la unión con Cristo? ¿Por qué unas y otras tienen su valor? ¿Cuál es la meta final de nuestra pedagogía?

6. Tarea: Continuar el estudio del Via Crucis, hasta la décima estación, viendo hasta qué punto María nos ayuda a comprender mejor la pasión de Cristo.

Capítulo III: El Cristo de la Alianza

Tema 5: El Cristo de la Alianza, un Cristo bíblico

I. Introducción al tema:

- Lecturas bíblicas: Hebreos 8, 6-13; Mateo 26, 26-29 y Lucas 1, 26-38.

- Pensamiento del P. Kentenich: “En el centro de la monumental historia de la salvación vemos la Alianza de Amor entre el Dios eterno y su criatura”.

II. Preparación y estudio del tema (para hacerlo en casa):

1. La historia que la Biblia nos narra es una historia de Alianza. Nos revela que Dios, que en sí mismo es una alianza o comunión de amor entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, decidió crear al hombre a su imagen, para que viviera también en alianza, esto es, en íntima unión de amor con él y con sus semejantes. Pero el hombre rechazó esta vocación, encerrándose egoístamente en su propio yo. Este no al amor es la esencia del pecado. Sin embargo, Dios no abandonó al hombre pecador. A través de alianzas imperfectas y provisorias, como las que selló con Israel a través de Abraham y Moisés, fue preparando el advenimiento de una alianza definitiva (Puebla 185-187).

2. Cristo vino a la tierra a cumplir una misión precisa: a sellar esa Nueva Alianza, que restablecería para siempre la comunión de amor entre Dios y los hombres, que había sido rota por el pecado (Puebla 188-189; Jesucristo ayer, hoy y mañana, 28-32). Sólo Cristo era capaz de realizar esta tarea pues, al ser Dios y hombre verdadero al mismo tiempo, él como un puente vivo, tendido entre el cielo y la tierra. Esta Alianza de Jesús es el acontecimiento cumbre de la historia, y la divide en dos mitades. La primera de ellas, la época de la antigua Alianza, (o Testamento), no se entiende sino como preparación a la Nueva Alianza (o Testamento) de Jesús.

Ésta ilumina el argumento y el sentido de toda la historia humana. Por otro lado, a Jesús no se le comprende plenamente sino a partir de esta misión histórica que cumplió.

3. Esta manera de mirar a Cristo, a partir de su misión dentro del conjunto de la historia de salvación, fue la gran novedad que nos recordó el Concilio Vaticano II. Pues, la perspectiva histórica y bíblica estaba bastante olvidada entre los católicos. De aquí partió toda la actual revaloración del bautismo y del laicado, porque el bautismo es el sacramento fundamental, por el cual nos incorporamos a la Alianza de Cristo, sellándola personalmente con él, recibiendo el perdón de nuestro pecado y convirtiéndonos, en él y como él, en hijos de Dios. Así nos convertimos también en miembros del Pueblo de Dios y adquirimos el derecho, todos los bautizados y no sólo los sacerdotes y las religiosas, de participar activamente en la vida de la Iglesia, como en la de nuestra propia Familia.

4. Sin embargo, todas estas novedades del Concilio, las estaba viviendo Schoenstatt desde 50 años antes. En efecto, toda nuestra espiritualidad se alimenta, como de una gran fuente, de nuestra Alianza de Amor con María en el Santuario. ¿Y qué es esta Alianza? El P. Kentenich la ha mostrado siempre como “una renovación original (por ser hecha a través de María y en ese lugar) de nuestra Alianza bautismal”. Es decir, Schoenstatt, desde su origen, ha tomado en serio el bautismo (y el apostolado de los laicos, que en él se funda), ha elaborado su espiritualidad en una perspectiva bíblica (teniendo en cuenta el argumento central de la historia de salvación) y, por lo mismo, ha mirado siempre a Jesús a partir de lo más profundo de su misión personal: como el Cristo de la Alianza.

5. ¿Cómo explicar todo esto? Ha sido un regalo de María. El P. Kentenich había pedido a María que condujera su vida. María lo llevó, el 18 de octubre de 1914, a sellar esa Alianza con ella que centraría toda la espiritualidad de Schoenstatt en una perspectiva de Alianza. Lo hizo así por amor, porque ella sabía como nadie que sólo así se puede entender plenamente a Cristo y su misión. Pues en esta perspectiva se abrió ella misma a él, el día de la anunciación. Ella aceptó ser Madre de

Cristo sabiendo que era el “Mesías”, que venía a sellar la Nueva Alianza. Ésta fue posible gracias al sí de María y se selló en su propio seno, pues allí Dios se hizo hombre, convirtiéndose en ese puente vivo que volvió a unir la tierra con el cielo. María se convirtió así, en portadora de Cristo, en el “Arca de la Nueva Alianza”. Ése empezó a ser su secreto más íntimo y la clave de su espiritualidad personal: secreto y espiritualidad que ella comparte gustosamente con quienes ama.

6. Nuestra Alianza de Amor con María es, por lo tanto, mucho más que una simple devoción: pues se apoya en el principal sacramento, el del Bautismo, y constituye nuestra gran puerta de entrada hacia un encuentro profundo con el Cristo de la Biblia: el Cristo de la Alianza. Es un camino para aprender a mirarlo como María misma lo miraba. Pero para poder apreciar y asimilar vitalmente toda esta riqueza de nuestra espiritualidad, es necesario aprender a verla en el contexto de la historia de salvación que la Biblia nos narra y conocer la importancia de la “Alianza” en el Antiguo y Nuevo Testamento. (Ver plática del P. Kentenich, 20 de Mayo de 1949, en Documentos de Schoenstatt). Ello no lo lograremos si no nos convertimos e asiduos lectores de la Biblia. Como María y como nuestro padre fundador que era un gran conocedor de las Sagradas Escrituras y bebía permanentemente de su espiritualidad, como lo atestiguan las abundantes imágenes y referencias bíblicas que encontramos en las oraciones del Hacia el Padre (ver pp. 223-228).

III. Desarrollo de la reunión:

- Dar las informaciones - Revisar la tarea.

- Responder las siguientes preguntas:

1. ¿Cuál es el argumento de la historia que narra la Biblia y qué misión tiene Cristo dentro de ella? ¿Por qué sólo Cristo podía cumplir tal tarea?

2. ¿Por qué podemos decir que Schoenstatt posee una espiritualidad bíblica y que en esto se adelantó 50 años al Concilio Vaticano II? ¿Cómo ve a Cristo?

3. ¿Cómo ayudó la Virgen a Schoenstatt a descubrir una espiritualidad así?

4. ¿Esta espiritualidad de Alianza, me ha ayudado a mí a descubrir el valor de mi alianza bautismal y a participar más activa y responsablemente en la Iglesia?

5. ¿Mi deseo de conocer y amar más a Cristo se expresa, como en el P. Kentenich, en un esfuerzo por conocer mejor la Biblia? ¿Qué conozco de ella? ¿Con qué frecuencia la leo?

6. Tarea: Repartirse el estudio de las 4 estaciones últimas del Via Crucis del Instrumento, en el Hacia el Padre, y de su oración final, leyendo también los textos bíblicos relacionados con ellas.

Buscar las referencias bíblicas de las estrofas 305-333, en la p. 225. Después comentaremos de qué modo el Hacia el Padre nos ayuda y enseña a adentrarnos en la Biblia.

Capítulo III: El Cristo de la Alianza

Tema 6: El Cristo de la Alianza, un Cristo total e integral

I. Introducción al tema:

- Lecturas bíblicas: Efesios 3, 4-12 y Colosenses 1, 15-20
- Pensamiento del P. Kentenich: “Aquellos que prescinden de María quien, según el plan del Padre, siempre debe estar junto a ti, no comprenden la plenitud de tu Obra, no captan la totalidad de su fuerza y de su luz”. (Hacia el Padre, estrofa 314).

II. Preparación y estudio del tema (para hacerlo en la casa):

1. A través de nuestra espiritualidad de Alianza, María quiere participarnos su propio conocimiento total (integral u orgánico) del misterio de Cristo cuya “inescrutable riqueza” (Ef 3,8) se encuentra contenida en la imagen del Cristo de la Alianza; de ese Cristo que pudo unir el cielo con la tierra porque era un Dios que se hizo verdaderamente hombre y un hombre que fue verdaderamente Dios. Éste es el Cristo total: el que condensa en sí mismo, en armoniosa y orgánica unidad, toda la riqueza de lo divino y de lo humano, porque en él quiso el padre “hacer residir toda plenitud”. (Colosenses 1,19).

2. Esta riqueza, divina y humana, del misterio de Cristo, resplandece de modo muy pleno y claro en nuestra Cruz de la Unidad. En ella aparece Jesús como un puente vivo, que une el mundo de Dios, representado, arriba, por el símbolo del Padre, y el mundo de los hombres, simbolizado, abajo, por María, como representante de la Iglesia y de toda la humanidad. Es una imagen profundamente bíblica, de enorme densidad teológica. Sin embargo, es una imagen amenazada, pues el hombre moderno, acostumbrado a especializar y parcelar cada vez más sus conocimientos, ha ido perdiendo la capacidad para captar la totalidad de la realidad en una visión orgánica, de conjunto (pensar mecanicista o secularista). Ello lo inclina permanentemente a recortar o mutilar, en uno u otro sentido, la imagen de Cristo. Es un peligro que el P. Kentenich, Juan Pablo II y Puebla, han denunciado con energía. (Ver DP 175-181)

3. Así, por ejemplo, hay una postura que acentúa tanto los “rasgos divinos” de Cristo que su humanidad parece esfumarse. Algunos dudan de que los sufrimientos de su pasión hayan sido tan reales como los nuestros. O, lo que es más corriente, de que a Cristo le hubiesen interesado verdaderamente nuestros problemas humanos y nuestra vida aquí en la tierra. Pues lo ven más bien como un personaje distante, perdido en las alturas de Dios y preocupado tan sólo de nuestros intereses más espirituales y privados: de salvar nuestra alma del pecado y conducirnos a la vida eterna. Es una imagen espiritualista e individualista de Cristo, que era más frecuente antes del Concilio Vaticano II, pero que todavía se da. (DP 79, 264)

4. El acento que el Concilio puso en la perspectiva histórica y bíblica, hizo que el péndulo se fuera al otro extremo. Ahora se insiste tanto en la necesidad de ver a Cristo sumido en la historia de los hombres, que, para muchos, casi pasa a ser uno más de nosotros: un gran profeta y líder, una figura humana brillante y cercana, pero cuya divinidad pareciera ser cosa secundaria o desvanecerse. Ya no se duda de que a Cristo le preocupaban nuestros problemas terrenos: la enfermedad, el dolor, el hambre, la injusticia. Pero se tiende a mostrarlo tan obsesionado por los cambios sociales o por una liberación político-económica, como si el pecado personal ya no importara y como si el cielo se identificara con el ideal de una sociedad justa aquí en la tierra. Se trata de una imagen unilateralmente terrena (secularizada) y politizada de Cristo. Y también del tipo de liberación o salvación que él nos trae (DP 90, 485). Tanto esta postura como la anterior, cuando se ven contradichas por los Pastores, tienden a defenderse separando a Cristo de la Iglesia, que prolonga y completa su Cuerpo.

Afirman: “Cristo sí, pero la Iglesia, el Papa, los Obispos no”. Es una tercera forma de mutilar al

Cristo total. (DP 223)

El mejor camino y seguro pedagógico para permanecer fieles a una imagen teológica integral de Cristo y de su misión, es amar a María. Ella nos transmite su conocimiento total de Cristo, sin necesidad de complicados razonamientos, pues ella actúa por presencia. Basta con que la miremos junto a Cristo. Así, por ejemplo, la sola escena de la Anunciación proclama de manifiesto la divinidad de Jesús. Allí la vemos concibiendo a su Hijo, por la fuerza de Dios mismo, sin padre humano. Por otro lado, su sola imagen junto a Cristo nos recuerda que él es un Dios con mamá; es decir, un Dios de carne y hueso, rebosante de humanidad. Pues fue niño, tuvo familia y amigos, fue capaz de reír y llorar, de gozar con una fiesta en Caná y de amar. También de sufrir con los problemas de quienes amaba, por lo cual deseaba liberarnos de todos nuestros males, tanto del pecado personal, que es su raíz profunda, como del pecado social, sus repercusiones en otros, en forma de injusticia y pobreza. (DP 28). Todas éstas son verdades que nuestro pueblo sencillo, por el sólo hecho de amar a María, tiene más claras que muchos teólogos. En la imagen del Cristo de la Alianza, María las ha regalado a Schoenstatt como luminosa e inquebrantable certeza.

III. Desarrollo de la reunión:

- Dar las informaciones - Revisar la tarea

- Responder las siguientes preguntas:

1. ¿En qué consiste esa riqueza total de Cristo y que María nos muestra en el Cristo de la Alianza?

2. Explicar cómo se puede mutilar esta imagen total de Cristo: de modo espiritualista, o de modo terrenal (secularista) o separándolo de su Iglesia. Dar ejemplos y contar experiencias de falsas imágenes de Cristo.

3. ¿Sobre qué aspectos hay más ignorancia entre la gente que me rodea?

4. A mí, ¿me ha ayudado la Virgen a descubrir un Cristo a la vez plenamente humano y divino? ¿Cuáles son los rasgos humanos y divinos de Cristo que más me impresionan?

5. Tarea: Volver a repartirse los misterios del Rosario del Hacia el Padre, (estrofas 341-355) y comentar qué nos muestran de los rasgos humanos y del poder divino de Cristo. También ver en Acógenos solícita, (HP, 501-511) cómo nos muestra la Mater el corazón y el poder de Cristo ahora, en el cielo.

Capítulo III: El Cristo de la Alianza

Tema 7: El Cristo de la Alianza, fuente de espiritualidad eucarística

I. Introducción al tema:

- Lecturas bíblicas: 1Corintios 11, 23-27 y Juan 19, 32-34.

- Pensamiento del P. Kentenich: “La doble consagración ha renovado milagrosamente para el mundo la donación de Cristo, Cordero de sacrificio, tal como pendiera en la cruz”. (Hacia el Padre, estrofa 104)

II. Preparación y estudio del tema (para hacerlo en la casa):

1. Cristo vino a la tierra para sellar una Alianza de Amor nueva entre Dios y los hombres. Esta misión penetra y da sentido a toda su vida. Sin embargo, hay momentos en que se expresa con especial claridad. Primeramente, en la encarnación, pues al hacerse hombre, el Hijo de Dios se convierte en el puente o Alianza viva que une de nuevo el cielo con la tierra.

A partir de este momento, la Alianza ya está sellada, aunque sólo María lo sabe. Su manifestación pública se realizará recién al final de la vida de Cristo. En la Última Cena, Jesús anuncia claramente que él ha venido a sellar una Alianza nueva y eterna, y permite a sus discípulos gustar por primera vez, a través de la comunión, la íntima unidad con Dios y entre ellos que esta Alianza produce como fruto. En la Cruz, él culminará su misión manifestando la fuerza que restablece la Alianza: su amor, que ha sido más fuerte que el pecado, el dolor y la muerte.

2. En nuestra Cruz de la Unidad, que es Cruz de Alianza, están expresados estos tres momentos de la vida de Cristo: la encarnación está simbolizada en la posición de Cristo entre el Padre y María, pues como Dios hecho hombre es Hijo de ambos; la eucaristía está simbolizada en la Sangre que llena el cáliz para ser bebida; y la Cruz, signo de la culminación de la Alianza, es el marco que lo envuelve todo. Pero hay algo más: la actitud de María nos señala la forma de participar de las gracias de esta Alianza: su cáliz recoge el agua y la sangre que manan del costado de Jesús, símbolos de su Espíritu y de la fuerza de su Amor. Estos dones nosotros los recibimos mediante el bautismo y la eucaristía; los dos principales sacramentos que nos incorporan a la Alianza de Cristo y nos permiten revivir toda su historia en nuestra propia vida.

3. El bautismo representa el punto de partida de toda vida cristiana. Allí nos incorporamos personalmente a la Alianza de Jesús, convirtiéndonos en miembros de su Cuerpo, que se prolonga en la Iglesia, y recibiendo su Espíritu que nos impulsa a amar como él amó. El bautismo equivale, de algún modo, al momento de la encarnación: la vida divina de Cristo se encarna en la nuestra, él es engendrado y comienza a crecer en nosotros. Por eso la Iglesia compara la fuente bautismal con el seno de María. Nuestra Alianza de amor, lo sabemos, es una renovación original del bautismo.

4. Por la eucaristía, Cristo se hace presente para hacernos participar de la Última Cena y la Cruz. En ella se nos ofrece como alimento que une y da fuerzas, pero, al mismo tiempo, renueva y recuerda el sacrificio que hizo posible la entrega total de su Cuerpo y su Sangre.

La Eucaristía revive así los momentos cumbres de la Alianza iniciada en la Encarnación. Es un llamado de Cristo a ahondar la Alianza bautismal, llegando con él hasta el final del camino. Su Cuerpo y su Sangre, entregados por amor, nos dan la fuerza para amar como él.

Y nos comprometemos a hacerlo. Por eso decimos: “Anunciamos tu muerte, Señor, proclamamos tu resurrección”. Porque queremos anunciar y proclamar con nuestra vida que cada día estamos muriendo con Cristo, a través de nuestros sacrificios, a todo aquello que amenace nuestra unión de amor con Dios y los hermanos (el pecado), y que así también estamos resucitando con él a una vida de amor cada vez más plena.

5. Nuestra vida de Alianza, iniciada en el bautismo, culmina en la eucaristía. Por lo mismo, nuestra Alianza de Amor no sólo debe entenderse como una renovación original del bautismo sino,

también, como un camino para llegar a conquistar plenamente, con la ayuda de María, los frutos y fuerzas que nos ofrece la eucaristía, como plenitud de la Alianza.

Desde un comienzo, nuestra espiritualidad ha sido vivida en este sentido. La eucaristía ocupa un lugar central en la vida de cada schoenstatiano. Signo de ello es la importancia concedida por el Padre fundador a las oraciones sobre la Misa (Hacia el Padre, 19-170). A ello se agrega una fuerte tradición de adoración eucarística, la costumbre de sellar normalmente la Alianza de Amor en medio de la eucaristía, donde Cristo renueva y culmina su gran alianza, y el serio compromiso que ella supone de asistir siempre a la eucaristía dominical.

6. María acompañó como nadie a Cristo en su vida de alianza. Ella fue el único testigo de la encarnación. Durante su embarazo, ella anticipó de modo incomparable la profunda comunión de amor con Cristo que sería el fruto de la Última Cena. Y junto a la cruz, se asoció íntimamente al sacrificio de su Hijo. Por eso, nadie como ella puede ayudarnos a vivir la eucaristía como cumbre de la alianza, y a prolongarla en la vida diaria, prolongando el ofertorio, ofreciendo a Dios lo que hacemos; la consagración, mediante nuestra permanente disposición al sacrificio; y la comunión, a través de una vida de permanente unión con Dios y los hermanos. Todo esto con una fuerte conciencia de misión que ella nos regala, enviándonos desde cada misa a extender la alianza de Jesús, buscando “arrebatar el mundo y los corazones hacia el cielo, hacia el Padre”. (HP, 165)

III. Desarrollo de la reunión:

Leer la Introducción - Dar informaciones – Revisar tareas.

Responder a las siguientes preguntas:

1. Explicar cuáles son los momentos de la vida de Cristo donde más claramente se expresa su misión de sellar una Nueva Alianza.

2. ¿Cómo se simbolizan esos momentos en nuestra Cruz de la Unidad y qué nos dice ésta acerca del modo de participar en la Alianza de Jesús?

3. ¿Qué relación existe entre el bautismo y la eucaristía?

4. La eucaristía, ¿significa para mí un compromiso? ¿A qué?

5. Hemos dicho que nuestra espiritualidad de alianza es una espiritualidad eucarística. ¿Me ha ayudado realmente Schoenstatt a vivir mejor la eucaristía, como momento de alianza, y a tomar en serio la misa dominical?

6. Tarea: Repartirse las oraciones del Ofertorio de la Misa del Instrumento (HP 81-92); la oraciones Después de la consagración (104-115), y “Antes” y “Después de la comunión” (127-140 y 141-160) y ver qué aspectos de estas partes de la misa podemos prolongar en nuestra vida diaria y cómo.

Capítulo III: El Cristo de la Alianza

Tema 8: El Cristo patrocéntrico, el Hijo del Padre

I. Introducción al tema:

- Lecturas bíblicas: Juan 1, 1-3; 8,23; 16,28 y Efesios 1, 3-6.
- Pensamiento del P. Kentenich: “Sólo a ti, Padre, te busco, tu voluntad procuro, y mi alegría es que cumplas tus deseos”. (Hacia el Padre, estrofa 435)

II. Preparación y estudio del tema (para hacerlo en la casa)

1. El Cristo de la Alianza vino a “atar” de nuevo el mundo de Dios, simbolizado en nuestra Cruz por el Padre, con el mundo de los hombres, representados por María. El misterio total de Cristo no se entiende si no sabemos ver todas estas ataduras o vínculos suyos tanto hacia arriba, hacia Dios, como hacia abajo, hacia los hombres. Sin embargo, la raíz de todo el misterio de Cristo proviene de “arriba”, del vínculo que lo ata a su Padre (Jn 8,23). Pues él es antes que nada el Hijo de Dios: una Persona divina, igual que su Padre. Como tal, existía desde toda eternidad, gozando de la infinita felicidad de vivir en íntima comunión con el Padre, atado a él y siendo “uno” con él (Jn 14,11; 17,22), por la fuerza de amor del Espíritu Santo. Como Hijo, sólo él sabe girar en torno a su Padre. Éste es su centro (Cristo patrocéntrico). Él es la Palabra viva por la cual el Padre creó el mundo (Jn 1, 1-3). Y por amor, él se hizo hombre para cumplir su voluntad, su plan de redención (Jn 17,4; Hb 10,7).

2. La vida humana del Hijo de Dios continúa siendo lo mismo: un permanente girar en torno al Padre. Cristo viene del Padre y a él vuelve (Jn 16, 28). Viene del Padre que lo ha enviado para anunciarnos su amor y su perdón, su decisión de restablecer su alianza con nosotros para volver a reinar como Padre entre los hombres. Cristo no habla sino de esto: del Padre y de su reino. Por otro lado, siempre está yendo hacia el Padre: buscándolo en la intimidad de la oración (Mt 14,23) y tratando de hacer siempre “lo que le agrada” (Jn 8,29), pues la voluntad del Padre, sea agradable o dura, es su “comida” (Jn 4,34). Esta intimidad y amor de Jesús hacia el Padre Dios se expresa en la forma en que lo trata, escandalosa para los judíos. No lo llama “Padre”, sino “Abbá”, es decir, “Papá”, porque de verdad es su Hijo. Quien no mira a Cristo a partir de esta vinculación fundamental con su Padre, no puede entender ni su mensaje ni su actitud ante la vida.

3. Quien no ha descubierto el misterio de Cristo como Hijo del Padre, tampoco podrá entender el misterio del hombre ni el sentido de su propia vida. Pues Cristo no vino tan sólo a darnos ciertas normas morales para que pudiéramos vivir de modo más digno y feliz. Él vino a revelarnos la sublimidad de nuestra vocación humana, explicándonos de dónde venimos y hacia dónde vamos. Cristo vino a contarnos que, desde toda eternidad, el Padre nos escogió para hacernos hijos suyos por medio de él (Efesios 1,3-6), hijos de “verdad” (1Jn 3,1), destinados a compartir un día la misma intimidad de amor y la misma gloria de que goza Cristo junto a su Padre en el cielo (Jn 17,20-26). Ésta es la gran “Buena Noticia” de Jesús.

4. Es una “Buena Noticia” (o un “Evangelio”) que nos libra de cualquier complejo o angustia: porque nos sabemos llamados a compartir la misma dignidad de Cristo, ¡como hijos de Dios tenemos un valor infinito!, y porque sabemos que el Padre nos ama, nos cobija en su corazón y nos cuida como al mismo Cristo (Jn 17,23). Además, ésta es la única noticia que nos permite ser hermanos, pues esto sólo es posible si primero nos reconocemos como hijos de un Padre común (DP 241). De allí que el primer mandamiento, amar a Dios como hijos, sea la base del segundo, del amor al prójimo. Y el mismo Jesús se nos presenta como modelo vivido del amor filial. Nos invita a vivir en igual intimidad que él con el Padre, enseñándonos a tratarlo como él mismo lo hace: “Papá (Abbá) nuestro que estás en el cielo” (Mt 6,9). Para que podamos hacerlo, nos regala su propio Espíritu de Hijo (a la Iglesia en Pentecostés y a cada uno de nosotros en el bautismo), quien, desde nuestro corazón lo llama así: “¡Abbá!” (Ga 4,5).

5. Todas estas cosas las ha enseñado siempre la Iglesia. La teología las “sabe”, pero los cristianos las “viven” cada vez menos. Muchos no llegan a descubrir vitalmente que el centro del misterio de Jesús, que el tesoro que él nos ofrece, (DP 240), es su relación al Padre. Sin embargo, no podemos hacer de nuestra vida una historia de amor con el Padre, llena de alegría y confianza como fue la de Jesús. La genialidad del P. Kentenich ha consistido no sólo en mostrarnos con claridad la imagen del Cristo de la Alianza como un Cristo Hijo (patrocéntrico), sino, sobre todo, en que nos ha regalado el mejor camino para hacerlo vida.

6. Teológicamente, María ha imitado como nadie a Cristo; es la hija perfecta del Padre. Pensemos en su sí confiado y total de la anunciación. Además, Dios la hizo nuestra Madre. Con ello le dio el encargo pedagógico de educarnos para la filialidad. Toda madre tiene un don para despertar amor filial y, normalmente, es ella la que enseña al hijo a amar a su padre. La Virgen hace lo mismo con los cristianos. Ella va identificando nuestro corazón con el corazón de Hijo de Cristo, aun sin que nos demos cuenta (vinculación inconsciente o funcional con Cristo). De hecho, desde su santuario, ella nos ha enseñado a sentirnos profundamente cobijados en el corazón del Padre Dios y nos envía a transmitir a otros esa misma alegría y confianza. Ésta es la prueba de la profunda transformación en Cristo que ella ha obrado en nosotros: porque sin estar íntimamente unidos a Cristo y sin poseer su Espíritu de Hijo es imposible sentir a Dios como verdadero “Papá”. Así, silenciosamente, nos sumerge ella en la hondura del misterio de Cristo.

III. Desarrollo de la reunión:

- Leer Introducción – Dar informaciones – Revisar tareas.

- Responder a las siguientes preguntas:

1. Comentar las tres primeras lecturas bíblicas. ¿Tenemos claro que el Hijo de Dios, antes de hacerse hombre, vivía eternamente junto al Padre y que con él creó el mundo?

2. ¿En qué cosas, de las que Cristo dice a su Padre o hace por amor a él, nos parece que muestra mejor su corazón de Hijo?

3. ¿De qué modo el misterio de Cristo-Hijo es una “Buena Noticia” que ilumina el sentido de la vida del hombre? (Antes de responder, leer Efesios 1, 3-6).

4. Nuestra vocación a ser hijo de Dios en Cristo, ¿De qué modo nos libra de complejos y angustias y nos ayuda a ser hermanos? Contar experiencias.

5. ¿Cuál es la prueba más auténtica de una profunda transformación en Cristo? ¿Es posible “saber” mucho de Cristo sin “vivir” su misterio más profundo?

6. Desde su santuario, ¿ha sido la Mater un camino que me ha ayudado a identificarme con el Cristo-Hijo y a descubrir el amor del Padre Dios en mi vida? ¿Cómo era antes mi relación con el Padre Dios? Contar experiencias.

7. Tarea: Estudiar el Padrenuestro del Hacia el Padre (estrofas 116-126) y comentar después lo que más nos gustó y lo que más nos cuesta de lo que allí se dice.

Capítulo III: El Cristo de la Alianza

Tema 9: Cristo, el Hijo obediente y confiado

I. Introducción al tema:

- Lecturas bíblicas: Mateo 6, 25-34; Lucas 22, 39-44; Mateo 6, 9-14.
- Pensamiento del P. Kentenich: “El Padre tiene en sus manos el timón, aunque yo no sepa el destino ni la ruta” (Hacia el Padre, estrofa 399)

II. Preparación y estudio del tema (para hacerlo en la casa):

1. El hombre moderno es activista (DP 275): piensa que su vida y la historia del mundo dependen solamente de él. Para sentirse seguro, busca tenerlo todo en sus manos; decidirlo él todo, planificarlo todo, fijar él mismo las metas y los caminos. Quiere ser autónomo, el único dueño de su propio destino. El Cristo de la Alianza nos enseña una actitud diferente. Él es el Hijo de Dios. Desde toda eternidad, ha gozado de la infinita alegría de ser “uno” con el Padre (Jn 7,22). Y viene a contarnos que la felicidad no consiste en estar solos y sentirse propietarios de sí mismo, sino en saberse propiedad del Padre: amados, cuidados, protegidos y enriquecidos permanentemente por él. Cristo quiere compartir esta alegría de ser Hijo con nosotros: acercarnos al Padre para que también lleguemos a ser “uno” con él en el cielo. Pero el camino hacia esa plena unidad final debe comenzar con la fusión de nuestra voluntad con la suya aquí en la tierra; es un camino de obediencia y de confianza.

2. Vivir como hijos significa aceptar que sea Dios quien conduzca la barca de nuestra vida; que él empuñe el timón, decida el destino y la ruta que le parezca mejor. Abandonarse y obedecer así, dejándose “conducir ciegamente” por el Padre (HP, 400), supone una confianza ilimitada. Confianza en su amor, en que él nos ama desde antes de la creación del mundo (Ef 1,4); en que él está mucho más preocupado de nuestra felicidad que nosotros mismos; en que él nos cuida en cada instante con mucho mayor solicitud que a las “aves del cielo” y a los “lirios del campo” (Mt 6, 26-28); y en que tanto valemos a sus ojos que él nos rescató no con “oro o plata”, sino “al precio de la sangre” de su propio Hijo (1Pe 1,18-19). Confianza en su sabiduría, en que él sabe mejor lo que necesitamos y cuáles son los caminos que más seguramente nos conducirán a la felicidad. Y, por último, confianza en su infinito poder, en que él es capaz hasta de sacar bien del mal y de escribir derecho con líneas torcidas.

3. Esta confianza era la raíz de la alegría, la serenidad y la fuerza de Jesús. Era también lo que le permitía obedecer siempre, incluso cuando el Padre le ofrecía a beber un cáliz tan amargo que le costaba un sudor de sangre poder decir: “No se haga mi voluntad sino la tuya” (Lc 22, 42). Y cuando llegaba la hora de probar que también estaba dispuesto a ser “obediente hasta la muerte” (Filp 2,8). Jesús no dudaba que el Padre buscaba su felicidad y que aun de su terrible muerte lograría sacar un bien: su resurrección y la salvación de todos nosotros. Toda la vida de Jesús es un gran llamado a la confianza. No hay de qué temer. El Padre, que convirtió su muerte (el crimen más injusto y monstruoso jamás concebido), en fuente de eterna vida y de salvación, es también capaz de convertir nuestros “pequeños” dolores en caminos de bendición. ¿O creemos que nuestras tragedias son más grandes” que el asesinato del Hijo de Dios en el Calvario?

4. Ser cristiano significa aceptar el llamado del Padre a ser sus hijos en Jesucristo: a obedecerle y, sobre todo, a confiar en él como Jesús. Por eso, Cristo nos dejó como herencia una sola oración: la gran oración de la confianza, el Padrenuestro (Mt 6, 9-14). Ser cristiano se resume en esto: en saber rezar el Padrenuestro. Y nadie mejor maestra para esto que María. Nadie como ella puede enseñarnos a sentir su primera palabra como la pronunciaba Jesús: “Abbá, Papá...” Es su tarea propia hacer, dentro de la Iglesia, lo que toda madre en su familia: enseña a los hijos a decir “papá”. También ella nos enseña a decir “hágase tu voluntad” con el abandono sin reservas con que ella misma puso toda su vida en las manos del Padre al responder: “he aquí la esclava del Señor; hágase

en mí según tu palabra” (Lc 1,38). Ella nos ayuda a confiar en que cada día llegará a nuestra mesa ese pan que nunca faltó en su humilde casa de Nazaret. Nos da también la fuerza para creer que del doloroso esfuerzo por perdonar, que ella hizo junto a Jesús en la cruz, Dios saca reconciliación, alegría y paz. Y nos ayuda a no dudar nunca de que el Padre nos libraré siempre de todo mal, venciendo aun nuestra muerte para que participemos un día en la alegría de la resurrección de Cristo. Entonces, habiéndonos esforzado por unir nuestra voluntad con la del Padre aquí en la tierra, seremos siempre “uno” con él, como Jesús.

III. Desarrollo de la reunión:

- Lecturas bíblicas y oración – Informaciones – Revisión de tareas.

- Responder las siguientes preguntas:

1. ¿He aprendido a ser hijo como Cristo, entregando el timón de mi vida al Padre? ¿O tengo a veces la tentación del “activista” que no se siente seguro si no tiene en sus manos todos los hilos del propio destino? ¿Qué cosas me cuesta más poner en manos del Padre?

2. ¿Creo que Dios me asma tanto que por mí entregó a la muerte a su Hijo único? ¿Cuáles son las principales pruebas que Dios me ha dado de que verdaderamente me ama y me cuida como un Padre?

3. ¿Soy capaz de confiar, como Cristo, en las horas de “Huerto de los Olivos” o de “Cruz”? ¿He experimentado en mi propia vida que Dios es capaz de sacar bien del mal y escribir derecho con líneas torcidas? Dar ejemplos.

4. ¿Me ha enseñado la Mater a sentir más todas las frases del “Padrenuestro”? ¿Cuáles de estas frases me gustan más o me cuestan más?

5. Tarea: Estudiar todos en el Hacia el Padre, el “Padrenuestro” (estrofas 116-126). Y la oración “Padre, te pido todas las cruces” (HP, 393-400), para explicar después, en la reunión, cuáles son las tres frases de cada una de estas oraciones que más nos han impactado y por qué.

Capítulo III: El Cristo de la Alianza

Tema 10: Cristo, Hijo corresponsable y apóstol

I. Introducción al tema:

- Lecturas bíblicas: Hebreos 10, 5-7; Lucas 2, 41-50; Juan 19, 28-30.

- Pensamiento del P. Kentenich: “Según los deseos de Dios, usa de nosotros enteramente para tu Reino de Schoenstatt” (Hacia el Padre, estrofa 606).

II. Preparación y estudio del tema (para hacerlo en la casa):

1. Jesús no es un activista frente a la historia. Camina por ella en alianza con su Padre, confiando en él y obedeciéndole en cada instante. Pero su confianza y obediencia no lo convierten en un pasivista (DP, 275), en un hijo regalón y flojo, que simplemente se deja llevar. Dios no es un Dios abuelo que nos tiene siempre “en brazos”. Ni un Dios paternalista que todo lo hace él. Dios es Padre de verdad y quiere que sus hijos crezcan y sean sus colaboradores; por eso les exige también máxima corresponsabilidad y compromiso en la obra común.

2. Jesús viene a este mundo para cumplir la voluntad de su Padre (Hb 10, 5-7), la misión que él le ha confiado. Es un apóstol (Hb 3,1), es decir, su enviado, su delegado, el instrumento a través del cual el Padre se ha propuesto realizar una obra grandiosa. El deseo de cumplir esa tarea “consume” (Jn 2,17) a Jesús, le exige dedicar a ella toda su atención y su tiempo. Aun niño, abandona a María y a José porque “tengo que estar en las cosas de mi Padre” (Lc 2,49). Su conciencia de misión no lo deja tranquilo. Le exige riesgos y lucha. Lo convierte en “signo de contradicción” (Lc 2, 33-35), le acarrea odio y persecución (Jn 15, 20 y 24). Pero nada lo detiene. Su amor al Padre lo hace fuerte, incansable. Lo obliga a desarrollar todas sus capacidades, especialmente su capacidad de amar. Hasta que todo está cumplido” (Jn 19,30), cuando por su misión termina entregando el último sople de su vida.

3. La tarea que el Padre le ha encomendado es la de restablecer la Alianza entre él y los hombres, de modo que pueda volver a reinar como Padre en el corazón de sus hijos. Esto es lo que apasiona a Jesús: el anhelo de extender el “Reino de Dios” (Mc 1, 14-15), ayudando a los hombres a abrirse al amor del Padre y a todo lo que éste trae consigo (libertad frente al pecado, amor a los hermanos, misericordia, perdón, alegría, verdad, justicia, paz). Pero Jesús quiere que su Padre reine en todos los aspectos de la vida humana, no sólo en lo directamente “religioso”. Él mismo se nos ofrece como un modelo de esto. En efecto, antes de hablar a otros del Reino de Dios, dedica 30 años a mostrarnos cómo se deja reinar a Dios en aquellos aspectos de la vida diaria que ocupan la mayor parte de nuestro tiempo: la familia y el trabajo. Jesús comienza a cumplir su misión santificando estas dos realidades humanas fundamentales. Y después prometerá el cielo a todos los que se esfuerzan por hacer reinar el amor de Dios en medio de las otras necesidades más corrientes de los hombres: el hambre, la sed, la falta de ropa. De casa, etc. (Mt 25, 31-46)

4. Después de dar este ejemplo, empieza Jesús la segunda gran etapa de su vida: el anuncio público de su Evangelio y la fundación de la Iglesia, la comunidad que deberá prolongar su misión de extender el Reino de Dios entre los hombres. Los cristianos somos herederos de la misma misión de Cristo. Él nos ha enviado tal como el Padre lo envió a él (Jn 20,21); para ser, con él, hijos, apóstoles e instrumentos del Padre. Al igual que Cristo, estamos llamados a jugarnos enteros por esta misión. Imitando su actitud y sus caminos. Uniendo la máxima confianza en el Padre con la máxima corresponsabilidad, iniciativa y compromisos propios.

Luchando porque el Padre reine en todos los aspectos humanos de nuestra vida (por un estilo de vida familiar, de trabajo, de organización social que respondan a los deseos del Padre. Y, también, siendo generosos anunciadores del Evangelio y constructores de la Iglesia. (Mt 28, 16-20)

5. María es la Reina y la gran educadora de los apóstoles. Ella imploró en el Cenáculo y sigue

implorando en nuestros Santuarios ese mismo Espíritu Santo que impulsaba a Jesús (Mc 1,12) a su entrega incansable y total. Ella es también modelo de apóstol. Fue una heroína de la confianza. Pero, también, colaboró con su Hijo desplegando una incesante iniciativa.

Ella vivió y construyó, ante todo, el Reino en su familia, en medio de sus quehaceres domésticos. Sirviendo, como a Isabel y en Caná, supo ser sal, luz (Mt 5, 13-16) y fermento (Mt 13,33) del Reino de Dios entre los hombres. Pero también fue la primera en proclamar con su voz la Buena Nueva (Lc 1, 48-55) y dedicó su amor y sus fuerzas maternas a velar por los discípulos (Jn 19,26) y la Iglesia de su Hijo (Hch 1,14). Ella puso siempre en práctica lo que enseñaba Jesús (Lc 8,21) y puede educarnos según su imagen. Desde el Santuario, ella nos ofrece la gracia del envío y la fecundidad apostólica y nos llena de la fuerte y victoriosa conciencia de misión de Jesús.

III. Desarrollo de la reunión:

- Lecturas bíblicas y oración – Informaciones – Revisión de tareas.

- Responder las siguientes preguntas:

1. Desde el Santuario, ¿la Mater me ha asemejado al Cristo Hijo sólo en su confianza o, también, en su conciencia de envío apostólico, en su capacidad de compromiso y responsabilidad por a misión recibida?

2. ¿Mi conciencia de apóstol es una fuerza que, como a Jesús, me impulsa en cada instante, me entusiasma y me vuelve audaz? ¿O soy todavía, en muchas cosas, un hijo flojo y remolón de Dios, un “pasivista”?

3. ¿Entiendo como apostolado tan sólo las actividades que tienen que ver directamente con la fe y la Iglesia o también siento parte fundamental de mi misión de cristiano ayudar a que Dios reine en todos los aspectos humanos de mi vida y de la vida de los demás, haciéndome verdadero fermento suyo en medio del mundo? ¿Qué cosas concretas hago en cada uno de estos dos campos?

4. Leer juntos el Cántico del Instrumento (HP, 606-611) y ver cuáles son las principales actitudes que Dios y la Mater nos exigen para que podamos colaborar en la construcción de su Reino.

5. Tarea: Estudiar en la casa el Cántico al terruño (HP, 600-605) viendo por qué valores, amor, alegría, justicia, etc., se nos exige luchar para que Schoenstatt y la tierra entera, lleguen a ser un lugar donde Dios reine plenamente. Traer a la reunión ejemplos de cómo podemos luchar por esos valores en el propio grupo, en la casa, en el trabajo.

Capítulo III: El Cristo de la Alianza

Tema 11: Cristo y la Providencia del Padre

I. Introducción al tema:

- Lecturas bíblicas: Mateo 16, 1-3; Génesis 22, 1-14; Lucas 1, 30-37.
- Pensamiento del P. Kentenich: “Quien por su fe ve a Dios tras todas las cosas, con su oído percibe claramente la voz del Padre” (Hacia el Padre, estrofa 421).

II. Preparación y estudio del tema (para hacerlo en la casa):

1. Cristo vive en continuo diálogo con su Padre, pendiente de conocer su voluntad, para poder abandonarse confiadamente a sus planes (Tema 9) y colaborar activamente en las tareas que él le pida (Tema 10). A sus discípulos, Jesús les señala dos caminos para conocer la voluntad del Padre: sus palabras escritas en la Biblia y los signos que su Providencia va escribiendo en el libro de nuestra vida. Cristo cita a menudo la Biblia (ver Lc 4, 1-19). En ella, el Padre nos revela las grandes líneas de su plan de amor con los hombres; su llamado a seguir el camino de Cristo y a ser sus hijos en él. Las palabras de la Biblia son una gran luz que nos guía. Pero muchas veces no bastan para descubrir de qué modo concreto quiere el Padre que cada uno siga el camino de Cristo aquí y ahora, en medio de las circunstancias particulares que cada día vamos enfrentando. Esto nos lo revela Dios por su Providencia.

2. Cristo no sólo nos pide confiar en la Providencia (Mt 6, 25-34), sino también aprender a comprender sus signos (Mt 6, 1-3). Los hombres nos hablan, muchas veces, mediante signos o gestos que equivalen a verdaderas palabras silenciosas: mediante una sonrisa, una mirada, una seña con la mano, un regalo o, en general, a través de lo que hacen por nosotros o de la forma en que nos tratan. Todo eso nos manifiesta su cariño, sus intenciones, sus planes. Del mismo modo, Dios nos va revelando, día a día, el plan concreto que tiene con nosotros a través de la forma en que su Providencia nos va tratando y conduciendo nuestra vida.

3. La Providencia de Dios es la forma en que él cuida de que se cumpla su plan de amor con el mundo y con cada hombre. La palabra providencia está relacionada con proveer, proveedor y provisión. Todo buen proveedor cuida de tomar oportunamente las medidas o providencias adecuadas para que a sus clientes no les falten las provisiones que necesitan. Lo mismo hace Dios con sus hijos: mientras dirige el curso de la historia, está permanentemente preocupado de proveernos en cada instante de todo lo necesario para que se cumplan los planes que él tiene con nosotros. Siempre nos envía las provisiones precisas, de alegrías, cruces y fuerzas, en los momentos precisos. Pues todos sus trabajos son de joyería: hechos al segundo y al milímetro.

Él es el perfecto proveedor o providente. Pero a través de lo que nos va enviando, él nos transmite también sus mensajes: nos va diciendo o dando a entender lo que, en cada momento, espera o pide de nosotros.

4. La Providencia de Dios nos habla a través de tres tipos de signos o de voces cuyas con las que nos va enfrentando. En primer lugar, nos habla a través del ser mismo de las cosas, es decir, de las características y leyes de funcionamiento que él quiso dar a cada cosa al crearla y que nosotros debemos respetar como verdaderas normas o indicaciones suyas. Por ejemplo, la misma estructura que él dio a los órganos sexuales nos dice que él los hizo para expresar amor y transmitir vida. Por eso no debemos usarlos para otros fines. A la Iglesia, Dios la colocó bajo los Obispos y el Papa; si la hizo así, él quiere que acatemos esas autoridades. Por la misma razón, debemos respetar como una voz o querer suyo, la manera de ser que él dio a cada persona. Y, al educar, debemos tener en cuenta las leyes de desarrollo que él mismo dio al ser humano. También debemos considerar como voluntad de Dios los deberes ligados al trabajo o estado civil que él nos ha dado. Asimismo, Dios quiere decirnos o pedirnos algo a través de los acontecimientos que él dirige o permite, aunque no

siempre sea fácil descifrar su significado.

Finalmente, Dios nos habla a través de las voces del corazón: de ciertas inquietudes fuertes y persistentes que él puede despertar en nuestro interior.

5. Para interpretar los mensajes de la Providencia, hay una regla de oro: debemos considerarlos siempre en su conjunto. Si uno no calza con los demás, es falso. Eso quiso aclarar María en la Anunciación: estaba segura que Dios la quería virgen y el ángel le dice que debe ser madre. Ella sabía que Dios no se contradice. Por eso preguntó hasta ver que ambas cosas podían armonizarse. Igual debemos hacer nosotros. Las voces más claras de Dios son las contenidas en la Biblia, en las enseñanzas de la Iglesia o en el ser de las cosas. Dios nunca puede pedirnos, a través de acontecimientos o de una voz del corazón, algo que contraríe esas otras voces suyas. Es muy importante tener esto claro para no dejarnos llevar de tincadas subjetivas y llamar voz de Dios a cualquier deseo o idea nuestra.

6. La fecundidad de nuestras acciones y de toda nuestra vida, dependerá de nuestras capacidades para sintonizar con la Providencia. Ello supone no sólo descubrir qué quiere Dios que hagamos (el camino a seguir) sino también la hora precisa (Jn 2,4; 12, 27) en que él desea que actuemos. Ambas cosas Dios nos las da a conocer generalmente a través de la ley de la puerta abierta (o cerrada), es decir, abriéndonos o cerrándonos posibilidades en el momento oportuno (ver 1Co 16,9; 2Co 2,12). La ley de la resultante creadora nos permitirá comprobar después si efectivamente sintonizamos con el querer de Dios. Si los resultados de nuestra acción fueron tales, que no puede explicarse suficientemente por nuestro solo esfuerzo, a menos que aceptemos que allí metió su mano el poder creador de Dios.

7. Dejarse guiar por la Providencia es lo más seguro que podemos hacer, pues si vamos de la mano de Dios, está siempre asegurado el éxito final. Aunque, como a Cristo, el Padre nos haga pasar por la cruz. O nos haga caminar a oscuras, como a Abraham, sin saber cómo ni cuándo Dios proveerá (Gen 22,8). Lo que Abraham temió, que Dios le quitara su hijo, lo vivió María en el Calvario. Pero no se quebró, porque se había entrenado en aprender a descubrir el significado de amor de todos los acontecimientos (Lc 2,15-20 y 46-51). Ella enseñó al P. Kentenich a vivir también de la fe en la Providencia y a convertirla en un método práctico para guiarse por la vida. De esa actitud nació todo Schoenstatt. Esta fe inspiró las decisiones más arriesgadas del P. Kentenich y fue el secreto de su inmovible confianza y extraordinaria fecundidad. Esta fe práctica en la divina Providencia es el primer regalo que María nos ofrece desde su Santuario, para que nos podamos sentir cobijados en el corazón del Padre y colaborar con él en cada instante, como su Hijo Jesús. Cada noche, ella nos ayuda a revisar, con esa mirada de fe, los mensajes que Dios nos dirigió en el día.

III. Desarrollo de la reunión:

- Lecturas bíblicas y oración – Informaciones – Revisión de tareas

- Responder a las siguientes preguntas:

1. ¿Cuáles son los dos grandes caminos (o libros) para conocer la voluntad de Dios? ¿Qué nos dice él a través de cada uno de ellos?
2. ¿Con qué personas puedo entenderme sin palabras, en base a simples gestos o miradas? ¿He sentido que Dios también me habla así, a través de los signos de su Providencia? Dar ejemplos.
3. Contar casos en que Dios me haya hablado a través del ser de alguna cosa, de un acontecimiento o de una voz del corazón.
4. ¿Cómo podría explicare a otras personas qué es la Providencia de Dios?
5. ¿Llamo voz de Dios a cualquier tincada o me esfuerzo, como María en la Anunciación, por hacer calzar todos sus mensajes?
6. Contar experiencias de la ley de la puerta abierta (o cerrada) y de la ley de la resultante creadora.
7. ¿Sé cómo el P. Kentenich descubrió lo que Dios le pedía hacer el 18 de Octubre de 1914 y el 20 de Enero de 1942?

8. Tarea: Leer cada uno las estrofas 417-424, del Hacia el Padre. Escoger las tres frases que más lo impacten y explicar por qué en la próxima reunión.